

MESA DE EXPERTOS: UNIDAD DE VIDA: MUNDO INTERIOR

MARTA Y MARÍA EN LA SÉPTIMA MORADA

Marie Isabelle Alvira

Doctora en Filosofía. Université Paris-Sorbonne

INTRODUCCIÓN

En la historia de la espiritualidad, como es sabido, Marta y María se convirtieron pronto¹ en las figuras emblemáticas de la vida activa y de la vida contemplativa, como dos posibilidades fundamentales de la existencia humana. Y eso por un reduccionismo de su personalidad a la escena evangélica descrita por san Lucas (10, 38-42) que deja de lado otros pasajes en que aparecen igualmente las dos hermanas, pero en situación diferente (*Jn.* 11, 1-44). Esta interpretación se vio enriquecida progresivamente por múltiples matices².

El tema de la oposición vida activa / vida contemplativa, que se desarrolla especialmente en el marco latino medieval, hunde sus raíces en la oposición teoría-praxis de la filosofía griega. El genio latino traduce la palabra griega “teoría” (visión de lo divino) por “contemplación” (la actividad propia del templo), término que al ser asumido por la cultura cristiana será dotado de un nuevo contenido: la comunión vital con la Trinidad. La vida activa adquiere también un sentido nuevo desde que Dios asumió la naturaleza humana purificándola y elevándola.

María ha llegado hasta nuestros días como el símbolo de la contemplación amorosa de Dios y de la más alta actividad del espíritu, conseguida por el apartamiento del mundo y de los quehaceres seculares; Marta, por su parte, representa la vida activa que se desarrolla en el mundo, en donde priman el trabajo y las actividades materiales

¹ A partir sobre todo de la exégesis de *Orígenes*. Cfr. A. Solignac et L. Donnat, *Marthe et Marie*, in *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique*, Beauchesne, Paris, vol.10, col.664-673 y J. L. Chrétien, *Marthe et Marie*, Desclée de Brouwer, p.18.

² cf. *ibid. passim*.

características de la sociedad civil. Más que su comportamiento, es sobre todo la actitud interior de las dos hermanas lo que es puesto en oposición: la escucha de la Palabra está por encima del servicio corporal, en la medida en que ese servicio comporta agitación e inquietud.

En la tradición monástica cristiana, la figura del monje se convirtió en el prototipo de vida perfecta, sinónimo de la vida contemplativa o de «la mejor parte», propia de María y no de Marta, quien, según el relato evangélico, se dedica a trabajar y a la vida activa (*Lc.* 10, 42). El *ocio* es la condición para la actividad contemplativa, en contraposición al *negocio* (*nec-otium*), propio de la vida secular. Según esta concepción, las obras exteriores son un obstáculo para la contemplación, en que las operaciones del alma (inteligencia, voluntad) deben estar absoluta y únicamente concentradas en Dios. No sería justo omitir, sin embargo, que diversos autores espirituales, ya desde San Agustín, buscaron de algún modo la armonía entre la vida activa y contemplativa³.

Pero, aun así, desde la antigüedad griega hasta los albores del Renacimiento no parece haberse puesto en duda seriamente la importancia e incluso la primacía de la contemplación tanto en la filosofía como en la espiritualidad, llegando a regir esencialmente las relaciones entre clérigos y laicos, con repercusiones incluso en la vida de los monasterios entre los monjes del coro y los hermanos legos. A partir del final del siglo XIV esta soberanía empieza a cuestionarse abriendo paso poco a poco a la primacía de la praxis.

Detrás de la relación entre Marta y María se esconde un problema metafísico, antropológico, espiritual y teológico siempre actual sobre la identidad, la finalidad y la unidad del hombre. ¿Qué relación hay entre el ser y el obrar del hombre; entre la vida de oración y el trabajo? Si el modelo de vida hoy vigente es la actividad permanente y desenfrenada, tanto en el trabajo como en el tiempo llamado libre, ¿tiene aún sentido la contemplación como conocimiento y amor desinteresado de la realidad, sea ésta la realidad del mundo, del hombre o de Dios?

Santa Teresa nos ofrece, a través de su vida y de sus escritos, una respuesta a estos interrogantes. La diversidad de comentarios sobre el famoso texto lucano, de la

³ cf. *ibid. passim*.

que es heredera, se refleja en sus evocaciones a Marta y María⁴ presentes en todas sus obras⁵. Sin embargo se hallan enriquecidas por su experiencia personal y suponen una aportación importante para la teología espiritual. Veremos cómo su progreso interior, gracias en particular a la acción extraordinaria de Dios en su alma, le lleva a superar este famoso dualismo, tal como lo describe especialmente en la séptima Morada de su *Castillo Interior*.

CONCEPCIÓN TERESIANA DE MARTA Y MARÍA. RASGOS DISTINTIVOS

Para comprender la solución a la que llega santa Teresa sobre la relación entre ambas hermanas en la cima de su vida espiritual, nos es indispensable recordar el concepto de contemplación y de vida activa que a sus ojos encarnan. Marta y María tienen en común su amor profundo por el Señor y el deseo de entablar el diálogo con Él. Sabiendo que el diálogo con Dios puede revestir formas muy diferentes⁶, santa Teresa hace una distinción entre oración mental y contemplación y otra entre contemplación y santidad. Marta y María ilustran perfectamente su pensamiento al respecto.

Nuestra autora afirma que «santa era santa Marta, aunque no dicen era contemplativa»⁷. Según esta idea, claramente expresada en *Camino de Perfección*, Marta y María corresponden a dos géneros de vida que están presentes no sólo en el mundo sino también en los conventos: monjas activas y monjas contemplativas. A cada persona le toca en suerte uno de ellos, que debe aceptar como venido de Dios. Marta representa a las que practican la oración vocal y mental, no habiendo recibido el don de la contemplación, mientras María simboliza a las que lo han obtenido. ¿Qué diferencia

⁴ Para comprender bien algunos comentarios de santa Teresa sobre las dos hermanas es preciso recordar que, siguiendo la tradición, identifica a María con otros tres personajes evangélicos: la pecadora de Lc 7, 37-50; la mujer de Betania (Mt 26,7 y Mc 14, 3-9, Jn 12, 1-8) llamada María solo por Juan, que unge los pies de Jesús con perfume de gran valor; y María Magdalena (Lc 8, 1-3; Mc 15, 47; Jn 20, 1-2, etc.) cf. J. L. Chrétien, op.cit., p.13.

⁵ *Libro de la vida* 17, 4; 22, 9; *Camino de Perfección* 17, 5 del Cód. de Valladolid (27, 5 del Cód. del Escorial); 15, 7 del Cód. de Valladolid, (23, 2 del Cód. del Escorial); 31, 5 Cód. de Valladolid; *Cuentas de Conciencia* 54, 5 (Sevilla, 1576); *Exclamaciones* 5; *Meditaciones sobre los Cantares* 7, 3; *Moradas* VII 1, 11-12; *ibid.* 4, 15. Citamos las obras de santa Teresa según la edición de la BAC, Madrid, 2015, preparada por Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. y Otger Steggink, O.CARM. Utilizamos sus siglas: V (*Vida*), C (*Camino de P.*), CC (*Cuentas de conciencia*), E (*Exclamaciones*), F (*Fundaciones*), M (*Moradas*), MC (*Meditaciones sobre los Cantares*), Cta (*Cartas*).

⁶ cf. C 41, 1-3 del Cód. del Escorial.

⁷ *ibid.* 17, 5 del Cód. de Valladolid (27, 5 del Cód. del Escorial).

esencial existe entre la oración de Marta y la de María, hasta el punto de configurar dos géneros de vida?

En la oración mental, el hombre utiliza la *ratio*, lo que lleva consigo un esfuerzo. Pero, según la filosofía clásica, la inteligencia no es sólo *ratio*, sino también *intellectus*. Es decir, tiene la capacidad de contemplar y eso, contrariamente al movimiento propio de la *ratio*, supone reposo⁸. Para la Santa, la contemplación no es sólo el *simplex intuitus* propio del *intellectus*, porque ella reserva el término de contemplación a la acción extraordinaria de Dios en el alma, que percibe claramente como un dominio que se va extendiendo sobre sus facultades, haciéndolas progresivamente incapaz de tomar, en el acto de la contemplación, la iniciativa de su propio ejercicio⁹. Esta invasión sobrenatural se manifiesta a la conciencia como un movimiento que partiendo del *centro* del alma gana primero la voluntad, después la inteligencia y la memoria, alcanzando poco a poco esas mismas facultades de modo cada vez más profundo¹⁰, hasta llegar a la unión íntima de todo su ser con Dios en el *matrimonio espiritual*, preludio de la visión beatífica y fuente de gozo extraordinario.

Por eso, en ciertos momentos las facultades del alma no pueden obrar por sí mismas, ni concentrar su atención en algo que no sea Dios. María parece incapaz, en esta situación, de ser Marta. Por su parte, en cuanto figura de la vida activa, Marta es sinónimo de la acción exterior, en contraposición con el mundo interior; del esfuerzo personal del hombre en la oración mental que implica un movimiento de la inteligencia y de la voluntad en contraposición con el reposo del alma. La oración de Marta no le impide estar libre para obrar, pero, al mismo tiempo, su actividad no le permite gozar continuamente -ni con la misma intensidad- de la presencia íntima de Dios. Marta parece incapaz de ser María. Debe aceptarlo como expresión de la voluntad de Dios, que concede sus dones a quien quiere y como quiere.

En la tradición espiritual que recibe santa Teresa, la vida activa era considerada con diferentes significados: podía referirse tanto a la oración mental y la lucha ascética, como al ejercicio de las virtudes y de las obras de misericordia; implicaba igualmente el

⁸ Sto. Tomás de Aquino, *Summ. Theol.* Ia, q.79, a.

⁹ «Entiende que sin ruido de palabras obra en su alma su maestro y que no obran las potencias de ella, que ella entienda. Esto es contemplación perfecta» (C 41, 2 Cód. del Escorial).

¹⁰ cfr. M. Olphe-Galliard, *La contemplation au XVIème siècle*, in DSAM, II/2, col.2034-20-35.

ministerio pastoral y la predicación de los sacerdotes, y las labores manuales y asuntos seculares de un monasterio con el fin de permitir la plena vida contemplativa de los monjes del coro¹¹. Aceptando esta concepción, santa Teresa considera que quienes se sienten llamados por esa vía pueden llegar, como santa Marta, a la santidad¹².

SANTIDAD Y CONTEMPLACIÓN

Nuestra autora distingue, por consiguiente, la santidad y la contemplación. ¿Cuál es, según ella, la esencia de la santidad y cuál la de la contemplación?

- En numerosos textos, santa Teresa expone claramente que la **esencia de la santidad** consiste en la **unión con Dios** a la que se llega por la obediencia como sinónimo de la identificación de la propia voluntad con la voluntad de Dios¹³ y que se manifiesta a través de la humildad y de las demás virtudes, entre las que brilla en primer lugar la caridad, el amor a Dios y al prójimo: «Ésta es la unión que toda mi vida he deseado, ésta es la que pido siempre a nuestro Señor y la que está más clara y segura»¹⁴.
- Ahora bien, no hay tampoco unión con Dios sin oración. Como santa Teresa nos recuerda «la sustancia de la perfecta oración» no se encuentra en el puro ejercicio mental, ni en el pensamiento fijo únicamente en Dios, sino en el amor que se manifiesta en la adhesión permanente a su voluntad¹⁵. «Ésta es la unión que yo deseo y querría en todas, que no unos embebecimientos muy regalados que hay, a quien tienen puesto el nombre de unión. Y será así, siendo después de ésta que dejo dicha»¹⁶.
- Insiste en este punto, recordando que la **contemplación perfecta** consiste en el don total de la voluntad humana a Dios: «¡Oh, hermanas mías, qué fuerza tiene este don! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al

¹¹ cf. P. Gutiérrez Guindo, *La interpretación de Lc 10, 38-42 en autores espirituales de los siglos XV, XVI y XVII*, p.332, Tesis Doctoral, Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma, 2003.

¹² cf. C 27, Cód. del Escorial; F 5.

¹³ cf. M V, 3.

¹⁴ M V 3, 5.

¹⁵ cf. F 5, 2.

¹⁶ *Ibíd.* 5, 13.

Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí y hacer una unión del Criador con la criatura»¹⁷.

Todo esto nos lleva a pensar que santa Teresa, aunque no la llame explícitamente así, abre una puerta a la existencia de una *contemplación* que podríamos llamar “ordinaria”, para distinguirla de la que ella llama “perfecta” y que podríamos calificar más bien de “extraordinaria”. En efecto, si la esencia de la contemplación es la unión con Dios, imposible sin el diálogo de la oración, santa Teresa percibe, a través de su experiencia, que podemos llegar a ella gracias a un don ordinario o a un don extraordinario. Marta representaría la primera y María la segunda.

En efecto, la acción del hombre en la contemplación, tanto ordinaria como extraordinaria, se sitúa a nivel de las **disposiciones**. En los dos casos es Dios quien concede el don de la contemplación que es una visión amorosa. Ahora bien, si el amor es siempre una donación, especialmente lo es el amor de Dios. La diferencia esencial entre la contemplación ordinaria y la extraordinaria es una cuestión de grado o de intensidad. En este sentido no existe una contemplación “adquirida”. El don es requerido siempre¹⁸.

Cuando santa Teresa afirma que no se puede «querer ser María antes que haya trabajado con Marta»¹⁹, nos parece que desea sobre todo recordar que la **contemplación es un don gratuito de Dios** que supone habitualmente un trabajo humilde de disposición, que no debe llevar a pretender suprimir las operaciones habituales de las facultades del hombre como la meditación, en particular, la de la santa Humanidad de Cristo, con el pretexto de alcanzar más rápido el reposo propio de la contemplación. No nos parece adecuado, por tanto, interpretar esta frase en sentido cronológico, ya que ascética y mística van siempre unidas, como santa Teresa sugiere en la VII *Morada*²⁰. No hay mística cristiana sin ascética, ni ascética cristiana sin el don de Dios. Hablando con propiedad, no nos parece que Marta y María representen por consiguiente dos fases sucesivas de la vida espiritual.

¹⁷ C Cód. del Escorial 55, 5; (*ibid.* del Cód. de Valladolid 32, 11).

¹⁸ cf. M. I. Alvira, *Vision de l'homme selon Thérèse d'Avila. Une philosophie de l'héroïsme*, p.310-318, Ed .F-X. de Guibert, Paris, 1992.

¹⁹ V 22, 9.

²⁰ cf. M VII 2, 12 y *ibid.* 4, 2 y 3.

¿Quiere decir esto que en una misma persona pueden coexistir las actitudes de Marta y María, lo que algunos autores espirituales han llamado *vida compuesta o mixta*? «Según ellos, la clave interpretativa de la posibilidad de unión entre vida activa y vida contemplativa en un mismo sujeto consistiría en la presencia de un amor muy intenso a Dios, que hace dirigir todas las actividades hacia Él»²¹. Así lo afirma también santa Teresa de Jesús, en una de sus *Exclamaciones*, al considerar que la queja de santa Marta no se refiere a su hermana, sino a Cristo, movida por el amor.

Tengo por cierto que su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíais Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníais como a su hermana; que esto le debía hacer mayor sentimiento que el servir a quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parece en no decir nada a su hermana, antes con toda su queja fue a Vos, Señor, que el amor la hizo atrever a decir que cómo no teníais cuidado. Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que sólo amor es el que da valor a todas las cosas; y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario²².

Aunque efectivamente el amor es la fuerza unitiva por excelencia, pensamos sin embargo que la explicación dada en la VII *Morada* es aún más completa y profunda.

LA IDENTIFICACIÓN CON JESUCRISTO EN LA VII MORADA. NUEVA VISIÓN DE MARTA Y MARÍA

En la VII *Morada*, santa Teresa describe su experiencia del *matrimonio espiritual*, es decir de la unión más profunda a la que el hombre puede aspirar en esta vida, en la que el alma, «digo el espíritu de esta alma, queda hecho una cosa con Dios²³». Aquí:

...se le muestra la Santísima Trinidad, “todas tres personas” [...] y le dan a entender las palabras evangélicas sobre su inhabitación en el alma²⁴. Esta revelación está precedida por una visión extraordinaria de la santa Humanidad de Cristo²⁵, precisión que reviste una gran importancia.

²¹ P. Gutiérrez Guindo, *op. cit.*, p.335. Comentando el pasaje lucano de Marta y María, que durante siglos se leía en el Evangelio de la Misa del 15 de agosto, afirmaban de modo unánime que en la Virgen María se aunaban de modo perfecto las actitudes de las dos hermanas.

²² E 5.

²³ M VII 2, 4.

²⁴ M VII 1, 7

²⁵ cf. M VII 2, 1-3

En efecto, el hombre sólo puede conocer y amar a la Santísima Trinidad a través de Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres. Por consiguiente la identificación con Dios se realiza siempre a través de Cristo, y es ahora tan fuerte que santa Teresa puede decir con san Pablo que “su vida es ya Cristo”²⁶ porque Cristo “vive en ella”²⁷.

Esta unión se realiza en «el *centro* muy interior del alma», en donde está el mismo Dios²⁸, y ejerce una influencia sobre las facultades que ahora «no se pierden, mas no obran, sino están como espantadas»²⁹, es decir, asombradas. Hasta entonces existía un desnivel entre el estado de elevación de la voluntad y el de la inteligencia y la memoria, que hacía exclamar a santa Teresa: «¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza y no hecha pedazos, sin poder valerse a sí?»³⁰. Ahora, en la cumbre de la vida espiritual, todas las potencias están unidas con Dios y el alma se encuentra en una gran paz y profunda quietud, anticipo de la gloria eterna³¹.

Aunque las facultades humanas por ser distintas tienen cierta capacidad de separarse (lo que explica la posibilidad de pecar), es indiscutible que la finalidad última del hombre es única, y eso exige la unidad de todas sus facultades. Si la unidad perfecta sólo puede realizarse en el más-allá, sin embargo el testimonio de santa Teresa nos muestra que esta unidad se alcanza ya en el matrimonio espiritual.

Ve con claridad que «el alma es diferente de las potencias y que no es todo una cosa»³². Esta distinción del alma y de sus facultades muestra que el hombre no es ni únicamente su inteligencia, ni únicamente su voluntad, ni únicamente su memoria. El hombre para santa Teresa sólo puede encontrar su identidad en Dios, lo que quiere decir que la inteligencia con la que el hombre puede identificarse es con la de Dios, aunque sea de modo “participativo”, ya que el hombre no es Dios. El hombre está totalmente divinizado en cuanto al *centro* del alma, pero no en cuanto a sus potencias, que sólo *participan* de la perfección divina.

²⁶ M VII 2, 6

²⁷ M VII 3, 1

²⁸ M VII 2, 3

²⁹ M VII 3, 11

³⁰ V 17, 5

³¹ cf. M VII 3, 10-13

³² M VII 1, 12

Todo esto quiere decir que la tentativa moderna de identificar al hombre con su inteligencia o con su voluntad, sería para santa Teresa un objetivo fallido, porque el hombre no se puede identificar con una de sus propiedades. Desde este punto de vista, el racionalismo y el voluntarismo aparecen como proyectos mal formulados³³.

Pero al mismo tiempo que percibe la distinción entre el alma y las facultades, santa Teresa ve igualmente que: «hay diferencia en alguna manera, y muy conocida, del alma al espíritu, aunque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que les quiere dar el Señor»³⁴. Advierte en particular la distinción entre las facultades y el centro de su alma, en donde está la morada de Dios³⁵.

Este descubrimiento le permite comprender con mayor profundidad la unión de Marta y María ya que, mientras siente la presencia continua de Dios en el centro de su alma³⁶, es consciente de que sus potencias, ahora también unidas a Dios y entre ellas, están libres para obrar, de modo «que por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento»³⁷. En la modalidad de oración de quietud descrita en diversos textos³⁸, había experimentado la posibilidad de ser casi a la vez Marta y María, al sentir que mientras la voluntad se encontraba totalmente unida a Dios, la inteligencia y la memoria estaban libres para los “negocios” y el servicio a los demás. Pero era un estado transitorio. Ahora, en el matrimonio espiritual, todas las facultades están perfectamente unidas entre ellas y con Dios, de modo que Marta y María pueden por fin caminar siempre juntas y no únicamente en algunos momentos.

Se da cuenta de que la acción no sólo no le aparta de la unión permanente con Dios, sino que se convierte en la prueba definitiva de la autenticidad de su vida contemplativa³⁹: «Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras»⁴⁰. Ellas son la respuesta del hombre al

³³ cf. M. I. ALVIRA, *op.cit.*, p.270-281.

³⁴ M VII 1, 12.

³⁵ cf. M VII 2, 11.

³⁶ M VII 1, 8 y *ibid.* 2, 5.

³⁷ M VII 1, 11.

³⁸ cf. V 17 ; C 31, 4-5 ; CC 54, 5.

³⁹ cf. M VII 4, 4 y 7.

⁴⁰ M VII 4, 6; MC 7, 3: «Entiendo yo aquí que pide hacer grandes obras en servicio de nuestro Señor y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contento; que aunque es vida más activa que contemplativa y parece perderá si le concede esta petición, cuando el alma está en este estado, nunca

amor de Dios, ya que «en esta unión tan íntima, el alma sólo piensa «en qué o por dónde mostrar el amor que le tiene»⁴¹. Pero ¿de qué obras se trata? Santa Teresa percibe claramente que todas las mercedes divinas tienen como objetivo no el deleite del alma, sino su fortalecimiento para poder imitar la vida de Cristo «en el mucho padecer»⁴² es decir, en corregirse con Él. «Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras?»⁴³.

Santa Teresa, en esta unión esponsal, en la que su vida es ya la de Cristo, alcanza con Él una plena unidad de su ser, superando la oposición entre la vida activa y contemplativa:

Creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben⁴⁴.

CONCLUSIÓN

La más alta contemplación conduce a la acción, en una unidad total de la persona, como la vida misma de santa Teresa lo demuestra. Y si «en ninguna sustancia creada se identifica el ser y la operación, pues esto es propio exclusivamente de Dios»⁴⁵, sin embargo, no podemos separarlos. Como recuerda la filosofía clásica, *agere sequitur esse*: el modo de obrar sigue al modo de ser. Si el hombre está llamado a identificarse con Cristo, debe obrar identificado con Él. Dios, desde el centro del alma, ejerce una influencia sobre las «potencias y sentidos y todo lo corporal»⁴⁶ incitándolos a obrar, y a obrar como Jesucristo quien, como nos recuerda el evangelio de san Juan, «igual que su

dejan de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo activo y que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosas flores; porque proceden de este árbol de amor de Dios y por sólo El, sin ningún interés propio, y extiéndose el olor de estas flores para aprovechar a muchos, y es olor que dura, no pasa presto, sino que hace gran operación».

⁴¹ M VII 4, 6.

⁴² M VII 4,4.

⁴³ *ibid.*, 9.

⁴⁴ M VII 4, 14.

⁴⁵ STO. TOMÁS, *Quodlibetum* X, q.3, a.5.

⁴⁶ M VII 4, 11.

Padre trabaja siempre, Él también trabaja»⁴⁷. Ahora bien, en Jesucristo no hay separación entre acción y contemplación.

El hombre no está llamado a ser Marta ni María, sino a encontrarse a sí mismo en Jesucristo. Y como afirma San Juan de la Cruz,

No hay que maravillarse que el alma pueda una cosa tan alta, porque, dado que Dios la haga merced que llegue a estar deiforme y unida en la Santísima Trinidad, en que ella se hace Dios por participación, ¿qué cosa tan increíble es que obre ella su obra de entendimiento, noticia y amor en la Trinidad juntamente con ella, como la misma Trinidad, por modo participado, obrándolo Dios en la misma alma?⁴⁸.

En el cénit de su vida espiritual, santa Teresa descubre claramente no sólo la posibilidad, sino la necesidad de la unión entre la oración y las obras, entre lo humano y lo divino, lo material y lo espiritual; la influencia recíproca entre las operaciones immanentes y las acciones transcendentales⁴⁹. Influenciada por su visión del mundo, propia a su vocación religiosa, santa Teresa no desarrolla de manera explícita la posibilidad de la contemplación en medio del mundo y de las actividades seculares, tarea de la que, cuatro siglos más tarde, será portavoz y heraldo otro gran santo compatriota suyo y asiduo lector de sus obras: san Josemaría Escrivá de Balaguer⁵⁰.

Sin embargo lo sugiere cuando ve que la presencia de Dios se puede encontrar tanto en mitad de la cocina⁵¹, como en medio de la corte⁵². Y ello es una verdad universal para todos⁵³ y no sólo para los que Dios conduce por una vía excepcional, ya que las obras, hasta las que parecen más insignificantes, son corrientes y fuente de contemplación, si son la respuesta de amor que Dios espera:

⁴⁷ cf. *Jn.* 5, 17-30.

⁴⁸ San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* A, Canción 38, 3.

⁴⁹ Santa Teresa nos recuerda que para esto «es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aun plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay» (M VII 4, 18).

⁵⁰ Cfr. M. Belda, “Contemplativos en medio del mundo”, in *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2013, p.265-267.

⁵¹ F 5, 8: «Pues, ¡jea, hijas mías!, no haya desconsuelo cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores; entendid que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior».

⁵² Cta 82, 4 (19.VI.1575), a Doña Inés Nieto: «Plega a su Majestad vaya muy adelante y saque a vuestra merced de la baraúnda de la Corte, aunque a quien de veras ama a Dios no le estorba a nada».

⁵³ M VII 2, 9-10 y *Jn* 17,21.

El Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida [...] interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras⁵⁴.

⁵⁴ M VII 4, 10.